

La lectura del Evangelio del fin de semana pasado se enfoca en envidias y rivalidades. Esta semana la lectura del Evangelio se enfoca en la consecuencia final de una vida motivada por estos y otros pecados. Otra manera de decirlo es que el Evangelio de hoy se enfoca en la consecuencia final de una vida de malas elecciones.

Jesús tiene unas palabras fuertes en el Evangelio de hoy. Él dice que más valdría perder una mano o un pie o un ojo que, con todos los miembros del cuerpo, ser arrojado «al lugar de castigo, donde el gusano no muere y fuego no se apaga».

En el idioma griego, el idioma original del Evangelio, la palabra que es traducida al español como “el lugar de castigo” es *Gehena*. Todos aquellos que escuchaban las palabras de Jesús sabían bien a qué se refería, porque Gehena es el valle infame fuera de Jerusalén. En los siglos pasados, Rey Ajaz y Rey Manasés, que serían los reyes de Judá y descendientes del gran rey David, junto con otros Judíos, sacrificaban sus hijos como ofrendas quemadas al dios Moloc. A causa de estos horrores el profeta Jeremías describe el valle como un lugar maldito, y él advierte,

. . . se acerca el tiempo, dice Yavé, en que no se hablará más de Tofet . . . , sino del Valle de la Matanza. Y se enterrará a la gente en Tofet, porque no habrá otro lugar, y sus cadáveres servirán de comida a las aves de rapiña y a las fieras salvajes . . . (Jeremías 7:32-33).

Y el profeta Isaías , hablando de un tiempo glorioso de la paz, escribe:

. . . todo hombre vendrá a postrarse ante mí, dice Yavé, y al salir verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí. El gusano que los devora no morirá, y el fuego que los quema no se apagará . . . (Isaías 66:23b-24).

En la época de Jesús, según unos estudiosos, este valle se había convertido en un cementerio donde fueron tirados los cadáveres de los criminales. Por lo tanto, cuando Jesús habla de Gehena, se está refiriendo a un lugar asqueroso y horrible en el cual la gente tiró lo que consideraron ser repugnante y sin valor. Jesús usa este lugar «donde el gusano no muere y fuego no se apaga» como una imagen del «lugar de castigo», y cuando él habla de «ser arrojado . . . al lugar de castigo», él está advirtiéndolo sobre lo que podemos hacer de nosotros mismos para que nos hagamos repugnantes y sin valor. Por lo general nos referimos a ese destino como «infierno».

Ahora, Dios no nos hizo para la muerte o el infierno. Como nos dice el libro de Sabiduría en el Antiguo Testamento, «Los impíos . . . llaman a la muerte con gestos y palabras; ven

en ella a una amiga y se han prendado de ella; han hecho con ella un pacto . . .» (Sabiduría 1:16). Además, Dios no envía a nadie al infierno. Sólo esa gente va al infierno quienes, por su propia y libre elección, se hacen en lo que es repugnante y sin valor, es decir, en algo que no es bueno para nada excepto ser tirado.

Este lugar horrible, Gehena, es una imagen; la realidad es mucho peor. Yo me acuerdo de cuan peor la realidad es que la imagen cada vez que recuerdo el tiempo en que fui llamado para ir a el pabellón de salud mental en el Mary Greeley Hospital. Una persona estaba allí porque ella se había hecho una cortadura en el brazo desde la muñeca casi hasta el hombro. Ella me dijo que el dolor de fuera era mucho menor que el dolor que sentía en el interior que cortarse a sí misma le daba alivio del dolor.

Algunos creen que un Dios amoroso y misericordioso no puede permitir que nadie elija una vida que tiene el infierno como su consecuencia. De hecho, Dios no nos hizo para la muerte o el infierno, y Dios no condena a ninguno de nosotros. Pero él nos hace libres para elegir. Dios no condena a nadie, pero nosotros podemos—por nuestras elecciones libres—condenarnos a nosotros mismos. Además, debemos recordar que una elección hecha en algún momento no determina nuestro destino para siempre. Estamos haciendo aquellas elecciones cada día de nuestras vidas. Cada día elegimos si amar u odiar, si ayudar o lastimar, de ser amables o no amables, si hacer el bien o hacer el mal, si o no queremos pertenecer a Dios como sus niños—sus hijas y sus hijos.

Finalmente, en nuestras elecciones libres, debemos recordar que debemos juzgarnos a nosotros mismos, no a otros. En nuestra primera lectura escuchamos acerca del Señor al posar su espíritu sobre los ancianos. Cuando algunos recibieron el espíritu quienes no estaban con los que son reunidos, Josué dice, «Señor mío, prohíbeselo [de profetizar]». Igualmente, en nuestra lectura del evangelio, Juan dice, «Hemos visto a uno que expulsaba a los demonios en tu nombre, y como no es de los nuestros, se lo prohibimos». La respuesta de Jesús es similar a la que Moisés, que dice, «Ojalá que todo el pueblo de Dios fuera profeta . . .». Por lo tanto, todos debemos trabajar juntos para el Reino; no debemos excluir a nadie. Y así, con Moisés, yo digo, «Ojalá que todos nosotros fuéramos profetas. Ojalá que todos nosotros fuéramos abiertos al amor de Dios, que nos amó incluso antes que naciéramos. Ojalá que, por nuestras elecciones, todos nosotros invitáramos, no la muerte y el infierno, sino el espíritu de Dios siempre para vivir dentro de nuestros corazones para que nosotros, como profetas hablando para Dios, podamos compartir su mensaje de verdad y amor, diariamente, por nuestras palabras y nuestras acciones.